



José Mari Martínez Mata

HERNANI CONVIVE CON LAS INUNDACIONES



Las inundaciones son el fenómeno natural que más daños provoca en Euskal Herria, por delante de terremotos, temporales, vendavales, mareas o galernas (una de enormes proporciones provocó 150 muertos en Bermeo hacia 1920). Hay varias razones que explican esta incidencia. Algunas están relacionadas con la propia orografía del país, pero otras son la herencia de actuaciones del hombre a lo largo de los años, especialmente desde el inicio del proceso de industrialización en el siglo XIX. Hernani reúne las condiciones para padecer inundaciones y convive desde hace siglos con los desbordamientos del Urumea y otros riachuelos.

La orografía de Euskal Herria, sobre todo la de Gipuzkoa y Bizkaia favorece la rápida concentración de las aguas de escorrentía en los valles cuando se producen lluvias torrenciales. En ocasiones, esa súbita concentración de agua en una zona puede provocar serias inundaciones, aunque la lluvia caída por metro cuadrado en el conjunto de una comarca o provincia no sea razón suficiente para justificarlas.

Algunos datos estadísticos relativos al final del siglo XIX y a la primera mitad del XX ponen en evidencia que no siempre una fuerte cantidad de lluvia genera inundaciones. Así el periodo que va de 1891 a 1894, el de 1900 a 1905 y el de 1945 a 1950 fueron de elevadas precipitaciones pero escaso número de episodios catastróficos. Todo lo contrario que en el periodo de 1923 a 1930.

Si nos fijamos en los meses en los que se producen más inundaciones se ve que son los que van del final de la primavera (junio) hasta septiembre. Las lluvias en esa época anual tienen un mayor carácter torrencial, o más propicio para la aparición de inundaciones por la dificultad de dar salida a miles de litros de agua.

Pero junto al agua de lluvia hay otras razones que explican la existencia de inundaciones y están relacionadas con la actuación del hombre a lo largo de los años. Las vegas o llanuras de inundación, como técnicamente se conocen, son zonas actualmente ya casi inexistentes por su ocupación urbana e industrial. Donde antes había zonas de cultivo, cosechas o arbolado, en definitiva áreas de expansión de los ríos, ahora hay edificios de viviendas o polígonos industriales.

Los encauzamientos de los ríos o la eliminación de meandros son actuaciones que pueden favorecer a determinadas zonas, pero

perjudicar a otras, porque, en definitiva, llega un momento que el agua no se deja domar y desborda por donde puede.

De todos es conocido que el Urumea era navegable hasta Hernani. Este río, tras nacer cerca del alto de Ezkurra, atraviesa Goizueta y serpentea por un angosto valle, recogiendo aguas de las laderas de los montes (Bianditz, Urdaburu y Adarra, entre otros) y de numerosos riachuelos. En buena parte de su recorrido el agua desciende con relativa fuerza debido al desnivel orográfico, pero cuando llega a Fagollaga el río alcanza al valle donde se asienta Hernani y se desliza más lentamente. Se produce un remanso natural. Fagollaga es precisamente uno de los puntos negros de inundaciones.

Hace muchos años, desde la donostiarra barra de la Zurriola y el desaparecido puerto de Santa Catalina, barcos de pequeño calado, txanelas y gabarras ascendían río arriba por Loyola, Astigarraga y Ergobia hasta llegar al Puerto hernaniarra. Instalación portuaria a la que ya se refería el historiador Lope Martínez de Isasti en 1625, aunque antes, en 1562, una gran riada había afectado seriamente los terrenos del Puerto, unas instalaciones, como se ve, que venían de antiguo y se prolongaron durante siglos.

Este puerto contaba con embarcaderos, al parecer cerca del caserío Egaña, y una casa-lonja para las transacciones, edificio que, remozado, aún existe en el barrio del Puerto. Sin embargo, llama la atención que las dos edificaciones citadas se encuentren lejos del actual cauce del río lo que lleva a pensar que el curso del Urumea conoció una importante modificación hace muchos años. Nos encontramos, por tanto, con una actuación del hombre sobre el cauce natural del río. No fue probablemente la primera, pero desde luego no es la última.



Imagen de Karabel tras el desbordamiento del río Urumea, tras las inundaciones de diciembre de 1960
(Fotografía: Udal Artxiboa)

La vega o rivera del Urumea en el amplio valle donde se asienta el núcleo de Hernani ha conocido no pocas modificaciones a lo largo de los años. Entre ellas, la instalación de numerosas industrias que aprovechaban el agua del Urumea en su ciclo productivo y vertían sus residuos contaminantes al río. Esa colonización de sus márgenes fue quitando espacio a la expansión de las aguas, convirtiéndose en una de las principales razones de la existencia de inundaciones. No hay más que repasar los asentamientos industriales aguas abajo de Fagollaga (Epele, Lastaola, Ibarluze, Eziago, Zikuñaga, Karabel o Landare) en el término municipal hernaniarra.

Ese fenómeno de la colonización de los terrenos de expansión del Urumea se da, asimis-

mo, en Astigarraga, Martutene, Loiola y Amara, zona paradigmática en este aspecto y que prácticamente hasta mediados del XIX era un humedal con escasos asentamientos urbanos.

Los puentes que se construyeron para vadear el Urumea se han convertido a la postre en otra de las razones que han propiciado o favorecido algunas inundaciones por el efecto de presa que realizan. Esos puentes, su destrucción o reconstrucción, aportan datos de riadas importantes. Inicialmente se construyeron en madera por lo que varias riadas se los llevaron por delante. Así sabemos que el de Ergobia se vino abajo en 1569 y el que hoy conocemos de piedra fue construido entre 1729 y 1733. El de Karabel, construido en madera en 1558, fue destruido por varias ria-

das, una de ellas en 1636 y rehecho en piedra en 1805, mientras el de Ereñotzu conoció serios daños provocados por el río, que generaron no pocos litigios ya en el siglo XVI por la responsabilidad de su reconstrucción.

RIADAS DEL SIGLO

Hernani convive con los desbordamientos del Urumea, sobre todo, y de otros riachuelos. Raro es el año en el que no ha habido riadas que han afectado en mayor o menor medida a propiedades públicas y privadas. Lógicamente, las catástrofes más recordadas y de las que más datos se dispone son las más próximas en el tiempo. Archivos y hemerotecas aportan información de los episodios más significativos.

El Archivo Municipal de Hernani alberga algunos datos de una riada de la primera quincena de junio de 1895, con la relación de afectados -en su mayoría agricultores de las zonas de Puerto, Karabel y Martindegi- que evaluaban sus pérdidas por la destrucción de las cosechas de maíz, trigo, pipirigallo, patatas, habas, remolacha, todo tipo de hortalizas, árboles manzanos arrancados, olmos, castaños de indias, tilos etc.

Cuatro años antes, en 1891, varias zonas del Estado Español (Toledo, Almería, Valencia,...) se vieron afectadas por fuertes inundaciones y Hernani recaudó 822,95 pesetas de las de entonces entre la población para ayudar a los damnificados. La lista de donantes la encabezó el Ayuntamiento con 200 pesetas seguido por una veintena de particulares, los más pudientes, con 10 pesetas cada uno, entre ellos el párroco y el vicario de las monjas. En total dos centenares de personas aportaron su ayuda. Hay que recordar que hacía pocos años que había finalizado la segunda guerra carlista y nuestro pueblo había adquirido gran

relevancia por el sitio que las tropas carlistas ejercieron sobre la población gobernada por los liberales. Se mantenían, por tanto, corrientes de solidaridad.

En ocasiones, las lluvias torrenciales han tenido un carácter local, afectando a áreas muy concretas, mientras que otras han repercutido sobre el conjunto del país adquiriendo categoría de grandes catástrofes. En el siglo XX, fueron notables las inundaciones de 1933. Pero la primera gran tragedia tuvo lugar en 1953. Las inundaciones comenzaron el 14 de octubre y las lluvias duraron 48 horas. El saldo de víctimas mortales en Euskal Herria fue de 27 personas, entre ellas dos hernaniarras que perecieron al arrastrar las aguas del río Urola un autobús en Zestoa. Las pérdidas materiales alcanzaron los 1.000 millones de pesetas en el conjunto del país. En Hernani se desbordaron el Urumea, Oria y regata Latsunbe, afectando a 350 hectáreas y 44 edificios. Se vieron seriamente afectadas, entre otras, la carretera a Nafarroa, el camino rural de Urmendi, líneas eléctricas, la Casa Concejil, Escuelas, Matadero y Servicio de agua de Lasarte, entonces un barrio de Hernani. Se realizaron veinticinco partes de declaración de daños sufridos en bienes no asegurados. Una de las empresas más afectadas fue la Harinera Guipuzcoana S.A. de la Florida que tardaría poco tiempo en desaparecer. En Andoain se recogieron en pocas horas 230 litros por metro cuadrado. En el ferrocarril del Plazaola que unía Donostia con Iruñea a través del valle del Leizaran, muchos puentes, terraplenes y muros de contención quedaron arrasados.

VEINTE AÑOS

La mayor catástrofe del siglo pasado ocurrió en 1983. Las sucesivas trombas de agua registradas, sobre todo, los días 26 y 27 de

agosto originaron las más graves inundaciones que se recuerdan en Euskal Herria con un trágico balance de setenta muertos, la mayoría en

Bizkaia, y medio billón de pesetas en pérdidas materiales. Todos los municipios de Gipuzkoa (82) y Bizkaia (101), junto a 16 de Araba y

38 de Nafarroa fueron declarados zona catastrófica por el gobierno central. En Iparralde también hubo daños materiales y víctimas mortales. Bizkaia fue el herrialde más afectado, especialmente las cuencas de los ríos Nervión e Ibaizabal. La capital, Bilbo, que celebraba su Semana Grande, vio como 700.000 metros cúbicos de lodo, piedras y



Estado en que quedó el casco viejo bilbaíno tras las inundaciones de finales de agosto de 1983

(Fotografía: DV 31-VIII-1983)

desperdicios arrastradas por la fuerza de las aguas arrasaban cuanto encontraban a su paso y se depositaban en su ría. Sólo en Bilbo hubo 417 viviendas destruidas y 6.000 afectadas. En la Comunidad Autónoma Vasca los daños en la agricultura ascendieron a 9.500 millones de pesetas, hubo 8.000 comercios afectados, con pérdidas en este sector que rondaron los 50.000 millones, y 100.000 trabajadores vieron sus contratos laborales rescindidos temporalmente.

Pero la capital vizcaína ha conocido otras tragedias. Así se sabe que el 21 de septiembre de 1593 diluvió sobre Bilbo y sus habitantes abandonaron la población, entonces circunscrita al actual Casco Viejo, subiendo a Begoña en busca de protección. Barcos y galeones rompieron amarras y navegaron por las calles del citado casco urbano. Entonces había arenales, de ahí viene el nombre de tan señalado lugar bilbaíno. Ante la frecuencia de las riadas los serenos advertían a la población de la crecida del nivel del Nervión haciendo sonar unas carracas.

En las inundaciones de 1983, la parte más septentrional de Gipuzkoa fue la menos afectada comparativamente. El Urumea se des-

bordó a su paso por Hernani provocando desprendimientos y cortes de carretera. Además, algunos vehículos aparcados en las zonas más cercanas al río fueron arrastrados. Ereñotzu quedó aislado y en los barrios del Puerto y Karabel el agua generó situaciones de temor e incertidumbre entre los vecinos. En Karabel algunos vecinos temieron el derrumbe de los pisos. A la DYA se unieron miembros del Club Náutico de Donostia y del Grupo de submarinistas Hegatz en tareas de "rescate" por vía fluvial de las personas más necesitadas.

En el Puerto, los vecinos, muy acostumbrados a situaciones similares, se afanaron en tareas de achique y limpieza. Los polígonos industriales también se vieron afectados y en Eziaño las instalaciones del periódico EGIN se vieron anegadas y la tirada del sábado 27 de agosto tuvo que hacerse en otras instalaciones cedidas para la ocasión. En Lasarte, que no constituiría municipio propio hasta tres años después, el agua del Oria alcanzó 1,50 de altura en la calle Mayor. Ni que decir que los daños en agricultura, comercio, industria e infraestructuras (red viaria, suministro de agua potable y electricidad, saneamiento, etc.) fueron cuantiosos, aunque afor-

Karabel tras las inundaciones de agosto de 1983.
(Fotografía: Inaxio Sanz)



El río Urumea a su paso por el puente de Karabel a finales de agosto de 1983.
(Fotografía: Inaxio Sanz)



tunadamente no hubo que lamentar pérdida de vidas humanas.

CONTAMINACIÓN

Uno de los efectos de las inundaciones de 1983 fue la fuerte contaminación de plomo, zinc y cobre en el Urumea provocada por el desprendimiento de una masa de residuos de una antigua mina de plomo en el término municipal de Goizueta. El agua alcanzó concentraciones de zinc ochenta veces mayor que la habitual y quince veces mayor de la permitida para el consumo humano en plomo. Como consecuencia de ello el peligro ecológico fue total, afectando a la vida piscícola, impidiendo la utilización del agua para consumo humano. Tampoco era apta para bañarse ni para el riego de huertas ni para usos industriales en general. La prohibición de baños, por diferentes motivos, se extendió asimismo a las playas.

Pero las inundaciones continúan. En 1988, la famosa "gota fría" volvió a provocar destrucción, afectando especialmente a las cuencas del Deba (Elgoibar) y Urola. Fue una tromba de agua de menor duración pero más intensa que la del 83. Catorce

muerdos y 45.000 millones de pérdidas fue el balance.

1992, 1997, 2002 o las más recientes del 2003, con Zubipe y Landare inundados y las instalaciones deportivas inutilizadas temporalmente, son los últimos episodios. ¿Cuándo será el próximo?





PAÍS TROPICAL

Las inundaciones más fuertes en Euskal Herria tienen lugar entre junio y septiembre, periodo de tiempo que va del final de la primavera al del verano. Generalmente tienen su origen en un fenómeno conocido como la gota de aire frío y que consiste en la súbita aparición de una masa de aire polar a baja altura que entra en colisión con el aire cálido y húmedo que exhalan el mar y la tierra recalentados por el sol estival. La frialdad atmosférica (-15°) provoca una rápida condensación del vapor y la formación de gigantescos cumulonimbos (nubes de tormenta) en sentido vertical. Lo curioso es que este fenómeno, característico de la cuenca mediterránea, se produzca en el Cantábrico donde la temperatura de la superficie del mar rara vez supera los veinte grados.

El Centro Meteorológico reconocía hace dos décadas que "se había padecido el agosto más lluvioso, la tromba de agua más intensa, el peligro de sequía más severo, la temperatura más alta, el verano más tormentoso y el julio más húmedo". Hay quien asegura que la cornisa cantábrica se está transformando lenta

mente en una zona de tipo subtropical, e incluso, que asistimos a un inquietante fenómeno: el progresivo desplazamiento hacia el norte del desierto sahariano. José Ignacio Usabiaga, director del Centro Meteorológico del Golfo de Bizkaia, afirma que "el área cantábrica se encuentra en una situación de subtropicalidad, debido a que nos encontramos en latitudes más bajas de las masas de vientos que circulan en la zona septentrional, desde el oeste, por lo que, a menudo, se producen situaciones meteorológicas de bloqueo, con cambios bruscos y violentos, en vez de los graduales que se producían anteriormente. Buena prueba de ello es que ha ido desapareciendo el sirimiri clásico y recordado y ha sido substituido por los chaparrones bruscos".

Ante todo ello solo nos queda aprender a convivir mejor con la naturaleza, poner los medios para hacer frente al riesgo de inundaciones, corrigiendo en primer lugar lo inducido, es decir, la colonización de márgenes, y evitar que en la ordenación del territorio la especulación de la tierra ocupe un lugar predominante.